

Esther cortó con mano distraída. Más bien lo hacía por complacer á su madre.

—¡Bravo! (dijo la señora Bonheur); ¡el caballo de copas entre dos reyes; el de bastos y el de oros!

—Entonces, puesto que tengo dos reyes en mi juego, me puedo dormir.

No concluyó de pronunciar Esther la última palabra, cuando ya estaba dormida. «Sueños no son más que sueños.» Soñó que debutaba en el Teatro Francés, y que era silbada por todo el Conservatorio.

VIII.

Las primeras tentaciones.

Esther no era mujer que se desanimara por un sueño. «Con tanto más motivo, le dijo su madre al almorzar, cuanto que las cartas están de tu parte.»

Gantua vino también muy á propósito para animarla.

Ella era la que le había cortado una sílaba á su nombre de guerra, para hacer un juego de palabras. Porque en aquel tiempo no usaba nunca guantes.

Le veía de tiempo en tiempo. Se había presentado por sí mismo á la señora Bonheur, que le acogió con agrado. Era tan buen muchacho, que se deseaba verle llegar. Hacía reír y consolaba al mismo tiempo. Más de una vez se había convidado á comer, llevando las manos llenas de dulces y pasteles, sin olvidar nunca el rico vino de dos francos la botella, y alguna otra cosa más, propia de la estación.

Al mismo tiempo que Esther prosperaba, él también subía; pero no á la escalera. Á fuerza de

hacer retratos á veinticinco francos, concluyó por hacerlos á cincuenta, y luego á ciento; entonces, el bohemio, que vivía en un granero, me equívoco, en un entresuelo de la calle de San Antonio, tomó un estudio en el boulevard Rochecouart. Conoció algunos pintores de fama, y al mismo Díaz se le acusó de haberle hecho pintar sus fondos de paisaje y sus cuadros de flores; pero Gantua sabía muy bien que solamente Díaz tenía en su paleta los rayos del sol.

Entre sus compañeros, alguno le llamaba todavía Gantua; en más de una ocasión probó á todos los ilustres glotones del barrio que era digno de su nombre completo.

Gantua, que empezaba á conocer París, aconsejó á Esther que fuera á la clase de una antigua actriz del Teatro Francés, que sin duda comprendería, mejor que el profesor del Conservatorio, el naciente genio de la joven.

Desde la primera lección, dijo la señora Desmousseaux á la madre:

—He aquí una señorita que hará mucho ruido en el mundo; si la han tratado mal en el Conservatorio, es porque estarían ciegos.

—Bien sabía yo, dijo Esther, llevando su mano al corazón y luego á la frente, que aquí había algo.

La miseria continuaba siendo grande en la casa; se vivía al día; mejor dicho, con la espe-

ranza del siguiente más que con nada; la señora Bonheur no quería ir á casa de Valía, pero permitía que Esther y Lili fueran á comer con ella.

Esta era una verdadera fiesta para las dos hermanas. Las jóvenes suelen ser golosas cuando no están enamoradas. Valía se arreglaba de manera que siempre les tenía una buena y apetitosa comida; el hacerlo así le costaba poco trabajo; ¡su amante no le negaba nada! Varias veces había querido dar ó prestar dinero á su madre; pero ésta había rehusado siempre estoiicamente sus ofertas. Le parecía que, de aceptar, hubiera resultado algún daño á sus otros hijos. Tampoco impedía que Valía fuera á verla, porque no quería hacer la escena de la maldición; pero ella no ponía jamás los pies en casa de su hija.

Si se quiere representar, es menester ir al teatro. Ahora bien: Esther y Lili no podían ir á él sino cuando Valía enviaba un palco para toda la familia; pero la mayor parte de las veces era ella quien llevaba á sus dos hermanas.

Las había presentado discretamente á su amante, como dos futuras comediantas; el amante les prometió su protección y su influencia, bien fuera con el Ministro, bien con los directores de teatro, á quienes conocía mucho por su cualidad de bolsista.

Porque en aquel tiempo, los empresarios de teatros no eran, como son hoy día, potentados que marchan viento en popa hasta la centésima representación de una obra mala.

Una noche llevó Valfa á sus dos hermanas al Odeón.

Sin duda debían representarse obras de muy malos autores, cuando sólo se veían en la sala á los señores Racine y Molière. Empezó la función por *Phèdre*, y terminó por *Les femmes savantes*. Esther y Lili estaban locas de alegría; su hermana las colocó en la delantera del palco. Duranté un entreacto, dos jóvenes fueron á hacer una visita á Valfa.

Los dos tenían bellas y elegantes figuras, alegría é ingenio.

Lili se inclinó de pronto á Esther, y le dijo al oído:

—Si yo tuviera diez años más, amaría al rubio.

—Con dos más que tuviera yo, amaría al moreno,—contestó Esther á su hermana.

Aquellos jóvenes eran estudiantes de Derecho, destinados el uno al foro y el otro á la diplomacia.

Buenos y antiguos compañeros, no se separaban casi nunca, disfrutando juntos de todos los placeres con que brinda París.

El rubio se esforzaba por parecer guapo,

mientras que M. de Ravigny lo era naturalmente, ya por las armoniosas líneas de su rostro, ya por el brillo de sus ojos y la burlona sonrisa de su boca, coronada de un sedoso y fino bigote. Hay bellezas adormecidas que hacen bostezar, y otras siempre vivas y despiertas que conquistan la simpatía, cuando no conquistan el corazón. El de Esther fué conquistado.

Aquella mujer altiva, invencible, había encontrado su dueño; pero como estaba en su carácter no ceder jamás, se rebeló contra aquel primer sentimiento de amor.

Muchas veces le había ocurrido sentirse atraída un instante por la figura de algún joven, que encontraba parecido á su ideal; pero al momento se sustraía victoriosamente á aquellas primeras ráfagas de voluptuosidad: el arte la había salvado del amor.

Durante el entreacto, Valfa rogó á su amante que la llevara al *foyer*. Tenía un carácter que quería reinar sobre todo; había nacido para exhibirse constantemente; no es extraño, pues, que algún tiempo más tarde se dedicara al teatro como su hermana.

Para dejarla pasar, había salido del palco el amigo de M. de Ravigny. Lili, arrastrada á su pesar, le había seguido, quedándose Esther por lo tanto sola con el futuro diplomático, que le ofreció el brazo para salir.

—¡Oh! no, gracias (dijo aquélla); cuando vengo al teatro, no salgo nunca del palco hasta terminar la representación.

—En ese caso, señorita, yo también me quedo.

Comenzaron á hablar de las obras que se ponían en escena. M. de Ravigny probó á Esther que poseía un gran conocimiento del teatro.

—Sabe V. mucho más que yo,—le dijo.

—Es muy posible; mas advierta V. que tengo emborronadas muchas cuartillas escribiendo comedias; pero mi madre, que es algo parienta de M. de Talleyrand, tendría un disgusto si pronto no me viera convertido en todo un secretario de embajada, por lo cual he sacrificado mis comedias en aras de la familia. Quien dice escribir comedias, dice correr teatros, y he aquí por qué, casi, casi soy de la casa. Así, pues, señorita, me encontrará V. en primera fila el día que debute; aunque desearía mejor oirla, una noche de estas, declamar una escena en casa de su hermana.

—Tendré mucho gusto en ello, caballero.

—¿Es en el Gimnasio donde va V. á debutar?

—Aún no lo sé; pero mis inclinaciones no me llevan por ahí; no tengo ninguna afición á todas esas obras que se están estrenando sin cesar; sólo tengo pasión por las grandes obras antiguas: nada me parece tan nuevo como las tra-

gedias de Corneille y las comedias de Molière.

—¡Diablo! Habla V. como un académico, señorita. No la suponía tan seria.

—¡Oh! digo lo que siento, y nada más.

—Yo también soy partidario de lo clásico, y me gustan mucho los grandes maestros; pero también conozco que, como se dice hoy día, no dan dinero sus producciones: las trágicas no son para estos tiempos. Celimena misma no vería á su alrededor más que misántropos. Hay que marchar con los gustos de la época. Hasta la gran Dorval se encontraría desairada.

M. de Ravigny comprendió que predicaba en desierto. Esther, por su parte, aunque nunca había asistido á las cátedras de la Sorbonne, consiguió bien pronto, y sólo con algunas palabras, convertirle en un entusiasta partidario de sus ideas.

—Bueno (dijo ella); es un triunfo encarnarse, por decirlo así, en una heroína consagrada; pero no vale la pena dar vida á una figura que no existe. Yo, por mi parte, no me sentiré orgullosa de representar la comedia ó la tragedia sino cuando sienta ante mí el genio de Molière ó de Corneille.

Y como el joven se sorprendiera de encontrar aquella energía en la voluntad de Esther, ésta añadió:

—Mi familia es pobre, pero de la antigua raza

judía. Soy una hija de la Biblia, porque descendiendo de Israel, y porque mi padre me enseñó á leer en los profetas y los patriarcas; no comprendo nada que sea de mal gusto ó vulgar; amo las alturas, y no querría enterrarme en la nieve.

—¡Oh! ¡oh! He ahí frases soberanamente poéticas.

Entonces fué cuando por primera vez miró el futuro diplomático bien frente á frente á la Comedianta del porvenir; pensó que tenía delante una verdadera mujer, tanto más, cuanto que, después de haberse elevado á lo más alto, había descendido gentilmente á la familiaridad del pilluelo parisien.

—Aparte de todo eso, no me tome V. por una sibila; soy una pobre criatura decidida á todo, aunque sea á representar en las ferias, pero quiero que se conozca mi ideal.

—Ha hecho V. muy bien en hablar así. Yo, por mi parte, no lo olvidaré. ¿Cuándo tendrá V. la amabilidad de recitarme una escena?

—Mañana, que comeré en casa de mi hermana.

Se había levantado el telón; Valía entró en el palco, agitando majestuosamente su abanico. Los dos jóvenes saludaron y salieron, porque los estaban esperando fuera. Esther se encontró muy sola. Lili estaba desolada.

El siguiente día fué un día color de rosa para

Esther, porque le parecía que M. de Ravigny constituía todo un público numeroso; ensayó su manera de decir y su manera de andar. Era esta tan sencilla, tan correcta, que se la hubiera tomado por una archiduquesa. Se deslizaba más bien que andaba. El decir bien era natural en ella. Era una sinfonía que hablaba; tan dulce era su voz y tan armonioso su acento. Así es que M. de Ravigny se quedó maravillado cuando la oyó recitar con terrible energía las *Imprecaciones de Camila*. ¿En dónde encontraba aquella fuerza una criatura tan delicada, tan esbelta, que se temía verla desvanecerse como una aparición?

No fué menor su sorpresa cuando cambió su rostro, retratándose en él la maliciosa sonrisa de Celimena. En aquel papel le faltaba algo todavía; no estaba aún acostumbrada á las femeniles ondulaciones. No había estudiado aún ese poético abandono del junco que «se dobla y no se rompe»; símbolo de todas las coqueterías.

M. de Ravigny felicitó á Valía por tener una hermana á quien auguraba toda clase de triunfos. Valía, que se creía la más hermosa, respondió que la naturaleza no había sido ingrata con Esther; pero que encontraba su semblante un poco original.

—Debéis saber (le contestó el joven) que una mujer de talento hace lo que quiere con su rostro.

Estas palabras respondían al pensamiento de Esther; ella misma no estaba contenta con su cara, pero se propuso llegar á ser hermosa á fuerza de voluntad. Hermosa para el público y para su joven amigo, á quien sentía que amaba.

Aquella noche durmió bien poco; estaba todavía en la creencia de que el amor conducía fatalmente al matrimonio. Ahora bien: ¿se casaría con ella M. de Ravigny, lo mismo siendo comedianta que no siéndolo? Sin duda alguna, le tendrían ya destinado para alguna joven aristocrática y rica de la corte; no podía ser menos, siendo como era el hombre más gallardo del mundo. Vió con terror abrirse un abismo ante la realización de sus ensueños. Pero, para hablar como las discretas: «Aún se espera cuando se desespera.»

IX.

Roxana.

El profeta ha dicho: «Una nueva estrella saldrá de Jacob.» Esther tenía fe en ella; todas las noches saludaba á la estrella más pequeña de las cabrillas. Era la suya. La llamaba Esther, y hablaba con ella como si fuera una amiga. Le ocurría algunas veces enfadarse, y dirigirle amargos reproches; pero, por lo regular, le suplicaba como si fuera un poder celestial.

Se comprendía que todas sus tentativas hubieran fracasado; había ido perdiendo poco á poco todos sus protectores; no le quedaba más que su estrella.

La invocó un día que debía representar en la sala Chantereine. Sin duda, fué su estrella la que condujo á la representación al director del Gimnasio.

Hacía el papel de Eriphyla.

Se entusiasmó, como se había entusiasmado el director del teatro Francés; pero, al menos, su entusiasmo llegó hasta hacerle firmar una escritura con la madre de Esther.